5010

Genoveva,

ó

los celos paternales

GENOVEVA,

ó

LOS CELOS PATERNALES.

COMEDIA EN UN ACTO

escrita en francés por Mr. Scribe,

Y ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. RAMON DE NAVARRETE.

Estrenada en el teatro del Príncipe el 12 de Mayo de 1846.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1846.

PERSONAS.	ACTORES.
DON CLEMENTE, *comerciante de Cádiz.*	*Don Carlos Latorre.*
GENOVEVA, *su hija.* . .	*Doña Matilde Diez.*
ADRIAN, *cajero de don Clemente.*	*Don Florencio Romea.*

La escena es en Cádiz, en casa de don Clemente.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramaticas.

Acto único.

El teatro representa el despacho particular de don Clemente. Puerta en el fondo, otras dos laterales: á la izquierda un velador, y á la derecha una mesita llena de papeles.

ESCENA PRIMERA.

ADRIAN. *A poco* GENOVEVA.

Adrian. (*Escribiendo en la mesita.*) Hasta trabajando pienso en ella. Dios mio! Dame fuerza para callar, aunque me cueste la vida! (*Viendo salir á Genoveva.*) Ah! (*Pónese vivamente á escribir.*)

Genoveva. (*Sale por el fondo, y va á escuchar á la puerta de la izquierda.*) No se ha levantado todavia! Cómo!... Trabajando ya, Adrian?

Adrian. (*Levantándose.*) Si... señorita... pero me retiraré si la incomodo á usted.

Genoveva. Al contrario, deseaba hablarle á usted á solas...

Adrian. Ah!

Genoveva. Y aprovecho la presente ocasion. —Dígame usted, ha sufrido mi padre estos dias algunas pérdidas en sus negocios?

Adrian. No tal; nunca ha sido mejor su posicion, y don Clemente continúa siendo el primer comerciante de

672133

Cádiz, ademas de ser el hombre mas querido y respetado en toda la ciudad.

Genoveva. Eso solo me tranquiliza á medias, porque mi padre, que es la bondad personificada... que parece no vivir sino para mi... Jamas le he visto triste, como no sea cuando temia que yo estuviese enferma; ó cuando le espresaba un deseo... ó un capricho que él no podia satisfacer.

Adrian. (*Vivamente.*) Es verdad! Pero nunca ha habido tampoco hija mas cariñosa, mas angelical, mas adorable.

Genoveva. No hablemos de eso, Adrian; yo solo cumplo mis deberes... y le he merecido tanta ternura, que justo es que yo me inquiete ahora por él.—De dos dias á esta parte, estoy segura, tiene alguna pena oculta que le atormenta. Antes de ayer recibió delante de mi una carta, cuya lectura le produjo grande agitacion. Sabe usted lo que seria?

Adrian. No, señorita; y cuando usted se marchó volvió á leerla por segunda vez, y la arrojó en seguida con enojo al fuego.

Genoveva. Desde entonces le gusta estarse solo en su despacho.

Adrian. Ayer entré de puntillas aqui para no incomodarle, y le vi sentado en su sillon, leyendo ese libro, que sin duda le divertia ó le interesaba mucho, porque tenia un semblante tan alegre, tan risueño... y esclamaba con frecuencia en voz baja: «Muy bien! Bravo! Eso es!»

Genoveva. (*Corriendo al velador.*) Era este el libro?

Adrian. Justamente.

Genoveva. (*Leyendo.*) *Cuadros de familia...* (*Dejando el libro.*) Tal vez le recordaban á su hija, que es su único pensamiento.

Adrian. Lo restante del dia solo se ocupó...

Genoveva. De qué?

Adrian. De ese baile adonde iba usted por la noche. Como era casi su entrada de usted en el mundo, queria que estuviera preciosa...

Genoveva. (*Aparte.*) Pobre papá!

Adrian. Y sus deseos quedarian satisfechos, pues ya la vi al salir, y... y dicen que llamó usted la atencion de todos.

Genoveva. Estaba tan contenta de bailar! Si se enfadaria por eso mi padre?

Adrian. Al contrario; su única felicidad consiste en que parezca bonita su hija... y su sola ambicion acaso es encontrar para ella un partido brillante...

Genoveva. (*Friamente.*) Nunca me ha hablado tal cosa.

Adrian. (*Titubeando.*) Yo juzgo... que no hallará ninguno que la merezca á usted... y tal vez eso es lo que le aflige.

Genoveva. Es posible; hay personas demasiado ambiciosas... y otras que no lo son bastante. Usted, por ejemplo, Adrian.

Adrian. Yo?

Genoveva. Creo que deberia usted pensar mas en sus intereses, en su porvenir. Y luego... usted no sale jamas... trabaja con esceso... algunos le encuentran muy desmejorado... y no tiene nada de particular. Hoy á las tres de la madrugada estaba usted aun en el bufete.

Adrian. Como el señor don Clemente se hallaba fuera... con usted en el baile... me hubiera sido imposible dormir antes de que ustedes volvieran... porque yo, señorita... (*Deteniéndose.*) le quiero á él sobre todas las cosas.

Genoveva. (*Confusa.*) Agradezco ese cariño... que usted le profesa... Aqui viene precisamante.

ESCENA II.

DICHOS. DON CLEMENTE.

Clemente. (*Sale por la izquierda con unos papeles en la mano, y habla hácia adentro.*) Qué tengo yo que ver con eso? Diríjanse ustedes á mi cajero Adrian, y él tomará el dinero, y arreglará las cuentas. (*Viéndole.*) Hola! Eres tú? En todas partes preguntan por ti, y cuando no estás, nadie sabe nada en la casa.

Genoveva. Vaya! Si Adrian le es á usted tan necesario!

Clemente. Tan indispensable has de decir. Es el modelo de los cajeros...

Adrian. Señor...

Clemente. Y no hay tampoco en Cádiz negociante mas inteligente ni mas hábil... como que le he enseñado yo! Cuando pienso que tú fuiste quien me le recomendó va ya para quince años! (*Volviéndose hácia Adrian.*) Te acuerdas?

Genoveva. Pues no se ha de acordar? (*Queriendo impedirle que hable.*)

Clemente. No importa; me gusta siempre referir esa historia, y á él tambien, no es verdad? Por otra parte, si no repitiese uno las cosas, las olvidaria.—Me parece que me estoy viendo en el camino real, en la silla de posta, y junto á mi Genoveva, que tenia entonces cuatro años. Yo dormia, mientras ella, la glotoncilla, se atracaba de cerezas, cuando un pobrecito huérfano que se moria de hambre, un chiquillo andrajoso, tú, en fin...

Genoveva. Papá!...

Clemente. Vino á pedirla limosna corriendo detras del carruaje. Lo primerito que hizo Genoveva fue arrojarte su cestillo de cerezas, y gritar en seguida para despertarme; luego no hubo otro remedio que obedecer su capricho, mandando subir al pordiosero á la silla, porque era su voluntad, y la picaruela abusaba ya de su ascendiente...

Genoveva. No, papá; era que ya tenia usted la costumbre de ceder á mis deseos...

Adrian. Lo que usted no dice, y lo que el huérfano no olvidará en su vida, es que desde entonces no le abandonó usted; que le hizo educar como si fuera de su familia...

Clemente. (*Con impaciencia.*) Bueno, bueno... eso no tiene que ver con mi historia del camino real. (*Interrumpiendo un nuevo gesto de Adrian.*) Ademas, te esperan en la caja... en el escritorio... toma, toma, llévate esos papeles... (*Dándole los que tenia en la mano.*) porque hay ahi dos ó tres asuntos tan embrollados, que el mismo diablo no los entenderia.

Adrian. Y con todo, yo haré por arreglarlos.

Genoveva. Quiere usted decir al mismo tiempo que le traigan aqui á papá el desayuno?

Clemente. Si, una perdiz... un pollo... jamon... cualquier cosa.

Genoveva. No... ya sabe usted que por la mañana solo le permito tomar el chocolate.
Clemente. Chocolate! Buena purga!
Genoveva. Lo manda el médico... y yo tambien.
Clemente. (*Abrazándola.*) Está visto que no he de hacer mas que su voluntad.
Adrian. Voy á decirlo, señorita.

ESCENA III.

DON CLEMENTE. GENOVEVA.

Gevoveva. Mi voluntad! No parece sino que tan mal le va á usted con ella! Y qué buena idea tuvo usted al obedecerme cuando le pedí que recogiese á Adrian!
Clemente. Semejantes ideas las tengo con frecuencia.
Genoveva. Y si me atreviese á proponerle á usted otra...
Clemente. En favor de Adrian tambien?
Gonoveva Ni mas ni menos.
Clemente. Pues qué le falta? No es ya mi primer dependiente?
Genoveva. Sí, pero hace tanto tiempo que con su trabajo y su celo contribuye á nuestra fortuna, que sería muy justo pensar en la suya.
Clemente. Cómo, cómo?
Genoveva. Porque al fin y al cabo, él no tiene nada... y si usted le prestase algun capitalito... podria ingeniarse... poner su casita de comercio... llegar á ser rico... y aspirar á todo.
Clemente. El? Adrian? Pues que se vaya, que nos deje... Vienes de su parte con semejante peticion?
Genoveva. El pobre muchacho no sospecha nada siquiera... No le he dicho á usted que era una idea mia?
Clemente. Entonces tú eres la que quiere desterrarle de nuestro lado.
Genoveva. Por su interes, papá.
Clemente. Toma! Y el mio? Adrian no es solo mi cajero, sino mi amigo, mi confidente. Unicamente con él me atrevo á hablar de ti... y en todo el dia lo dejo... á los demas les fastidiaria... mas á él, nunca, nunca. Ya se ve, como se ha educado contigo... es el hijo de

la casa...—El año último, cuando estuviste tan malita, el pobre chico se hallaba tan afligido como yo. Siempre le veia á la puerta de tu alcoba acechando la venida ó la salida del médico... con una ojeada nos comunicábamos nuestros temores y nuestras esperanzas; con un apreton de manos nos comprendiamos... Y quieres que renuncie á todo esto?

Genoveva. (*Conmovida.*) No, no, padre mio!

Clemente. Dile que tome lo que quiera... ó arréglalo tú con él como gustes... dándole cuanto desee...

Genoveva. (*Bajando los ojos.*) Es que quizás... lo que él desea...

Clemente. Cómo?

Genoveva. En fin, papá, yo lo arreglaré.

Clemente. Enhorabuena. Y ya que hemos hablado de negocios, déjame que te mire, que te contemple á mis anchas... porque anoche en aquel baile... qué diablo! ni pensabas en mí siquiera!

Genoveva. Sí que no! Pero qué cosa tan bonita es un baile!

Clemente. No para los pobres papás!

Genoveva. Los padres tambien deben estar muy contentos...

Clemente. Sí, en pié, detras de todo el mundo! Y como habia tanta gente, ni verte podia! Obligado á jugar al tresillo para sentarme, confieso que tuve un buen rato.

Genoveva. Hola! Ganó usted?

Clemente. No... Hablaban unos caballeros á mi espalda. y decian: «Quién es esa lindísima jóven que lleva una corona de camelias, y tiene ese aire tan modesto y tan gracioso?—Es la hija de don Clemente Rodriguez, el rico comerciante.—Cáspita! Pues es un hombre feliz el tal don Clemente!—Chit! Cállese usted... porque está ahí jugando al tresillo.»—Era verdad... yo escuchaba con un gusto... lo cual me distrajo, haciéndome perder la partida...—Hé aqui el único placer que tuve en toda la noche.

Genoveva. Por eso quiso usted retirarse demasiado temprano.

Clemente. Eran las tres de la mañana.

Genoveva. No importa, yo me hubiera quedado mas tiempo;

y fué la primera vez que no me ha complacido usted.

Clemente. (*Bruscamente.*) Porque se trataba de tu salud. No perdiste ni un wals, ni una polka. Y quién era aquel caballerete con bigotitos rubios, y la cruz de San Fernando, que te sacaba siempre?

Genoveva. Siempre! Tres veces nada mas!

Clemente. Yo creia que solo habian sido dos!

Genoveva. Tres... un rigodon y dos walses... porque walsa perfectamente... sobre todo en dos tiempos.

Clemente. Ah! Walsa bien... Y quién es el tal?

Genoveva. El coronel Rojas.

Clemente. El coronel Rojas? (*Vivamente.*)

Genoveva. Qué tiene usted?

Clemente. Nada... pero estás segura?...

Genoveva. Si señor... él mismo me lo dijo.

Clemente. Por las señas pronto hizo confianza contigo... Yo no pude reparar en nada... toda la noche estuve rodeado de gentes... que me atracaban de dulces y helados. (*Sale un criado con el chocolate.*)

Genoveva. Aqui está ya el desayuno.

Clemente. Gracias á Dios.

Genoveva. Y tambien las cartas y los periódicos.

Clemente. Luego los leeremos. (*Sentándose.*)

Genoveva. Es lo mas prudente, porque á las veces alguna mala noticia le quita á usted el apetito... como por ejemplo, aquella carta que recibió usted ayer, y que le puso de tan mal talante.

Clemente. A mi?

Genoveva. A usted... á usted! (*Presentándole la jícara en el instante en que él hace un movimiento de admiracion.*) Cuidado! Que se va á verter el chocolate. (*Poniendo manteca en las tostadas.*) Yo no le pregunté á usted lo que contenia la dichosa carta...

Clemente. Hiciste bien!

Genoveva. Porque estaba segura de que me lo diria usted.

Clemente. Yo?

Genoveva. Usted hace siempre lo que yo quiero, papaito, porque no hay cosa peor en el mundo que desobedecer á su hija.

Clemente. De veras?

Genoveva. Si señor.

Clemente. (*Confuso.*) Pues bien... era... una carta de mi hermana...

Genoveva. Y eso le puso á usted de mal humor? Y por qué?

Clemente. Porque,.. porque... ya sabes que hace dos años está con la tema de que te envie á pasar algun tiempo con ella... en Madrid.

Genoveva. Es un viaje casi indispensable.

Clemente. Que yo he eludido hasta ahora; mas al presente no sé qué disculpa darle, y hé ahí lo que me atormenta.

Genoveva. De veras? Entonces, papá, yo seré la que conteste á mi tia, y tranquilícese usted, hallaré medio para que no nos separemos.

Clemente. (*Con efusion.*) Eso es lo que yo quiero... lo que deseo... porque mira, yo, cuyas riquezas todos envidian, yo, á quien todos creen tan feliz, no lo soy sino aquí, en familia, contigo! De mis tesoros, el único que me interesa eres tú; mas de ese soy avaro, y como todos los avaros, siempre tiemblo de que me le roben!

Genoveva. Y qué puede inspirarle á usted tales temores? Acaso tenemos enemigos?

Clemente. (*Con impaciencia, y refunfuñando entre dientes.*) No es á ellos á los que yo temo... sino por el contrario á los...

Genoveva. Cómo?...

Clemente. (*Interrumpiéndose.*) Léeme ahora si gustas los periódicos y la correspondencia.

Genoveva. (*Tomando una carta, mientras su padre sorbe el chocolate.*) Empezaremos por esta carta.

Clemente. Vamos, qué dice?

Genoveva. (*Recorriéndola.*) Solicitan que se suscriba usted á una obra, cuya primera entrega le han remitido; se titula *Cuadros de familia.*

Clemente. (*Vivamente.*) Ahí la tengo. Es una obra magnífica... admirable... que debe ser de algun príncipe de la literatura. Cuál es el nombre del autor?

Genoveva. Verdolaga.

Clemente. Siento que se llame Verdolaga.

Genoveva. Verdolaga, maestro de escuela, calle de San Antonio, piso cuarto.

Clemente. Parece increible!

Genoveva. El qué?

Clemente. Que el mérito habite tan alto. No importa, me suscribiré por veinte ejemplares, y dirás á Adrian que le envie su valor de mi parte.

Genoveva. Bien, papá. Con que es cosa tan buena?

Clemente. Sublime! Hay sobre todo un pasage tan tierno, tan natural, que al leerlo me parecia haberlo escrito yo mismo... y sin embargo, nunca he echado mi cuarto á espadas en literatura... felizmente para ella. — Continúa. De quién es ese billetito perfumado?

Genoveva. (*Abriéndole y leyendo.*) «Señor don Clemente Rodriguez: muy señor mio y de todo mi respeto: Bajo los auspicios de mi señora doña Concepcion, su dignísima hermana...»

Clemente. (*Arrancándola vivamente la carta.*) Bien, bien... (*Aparte, y mirando la firma.*) El coronel Rojas... de quien ella me hablaba poco há... (*Cogiendo de manos de Genoveva las cartas que aun tiene.*) Y estas otras probablemente versarán sobre el mismo asunto. (*Se levanta.*)

Genoveva. Qué tiene usted?

Clemente. (*Paseándose con agitacion.*) Nada... no tengo nada. (*Aparte.*) No me sirven ya mis precauciones!

Genoveva. No acaba usted su chocolate?

Clemente. No tengo mas gana. (*Aparte, y recorriendo la carta del coronel.*) Me pide una entrevista... hoy... á las doce! (*Se oyen dar las doce en el reloj.*) Y ahora son! Me es imposible no recibirle... ni contestarle ya con una disculpa... Ademas, siempre será preciso... Y mi hija, que está aqui!...—Le recibiré en la sala.— A Dios, vida mia.

Genoveva. Por qué se ha puesto usted tan agitado?

Clemente. Agitado? No tal; me paseo... pero estoy tranquilo, alegre, contento...

Genoveva. Si, si; algo tiene usted... y no me separaré de su lado hasta saberlo... hasta que usted me lo cuente...

Clemente. (*Encolerizado.*) La prohibo á usted que me siga; lo entiende usted, señorita? Pues no faltaba mas. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA IV.

GENOVEVA.

Se lo prohibo á usted!... Esta es la primera vez que le oigo hablar asi, y debe estar muy inquieto, muy afligido, muy triste, para proferir esas palabras. Qué será, Dios mio! (*Sentándose.*) No tendré talento para descubrir sus penas, yo que daria cuanto poseo por evitarle un disgusto leve? (*Mirando al libro que está sobre la mesa, y lanzando un grito.*) Ah! Este libro de que me hablaba poco há... esta obra en que encontraba sus mas recónditos pensamientos... Si yo pudiese descubrir á favor de ella lo que le preocupa... ó adivinarlo al menos!... (*Tomando el libro y abriéndole.*) Veamos... hay pocas hojas cortadas... (*Sacando el cuchillito de marfil que estaba dentro del libro.*) Y he aqui la última página adonde habia llegado. (*Leyendo.*) «Al abandonar el hogar paterno, es casi perdida para su padre la jóven que se casa; el amor de su esposo, la felicidad conyugal, la ternura para sus hijos, abren su corazon á nuevos y mas vivos sentimientos; olvídase al pobre padre, ó al menos su recuerdo queda en último lugar...» —Cielos! Me parece que aqui ha caido una lágrima... si, se conoce la señal!... Era este el secreto que oculta en el fondo de su alma... el que no se atreve á confesarme? Me amará tanto que su ternura suspicaz tenga celos de otro afecto cualquiera? Oh! No! No! Es imposible... No puedo creerlo, y me equivoco sin duda!

ESCENA V.

GENOVEVA. ADRIAN.

Adrian. Señorita Genoveva...

Genoveva. Ah! Es usted, Adrian? Y qué tiene usted? Qué pálido le encuentro!

Adrian. Ya lo creo... Si usted supiese... — Estaba en mi escritorio, que se halla tabique por medio de la sala principal, y oí á don Clemente hablar en voz alta... y... con mucho enojo. Como aquello era tan nuevo para mi, escuché... sin duda hice mal.

Genoveva. No por cierto... Hay ocasiones... en que es un deber...

Adrian. Me alegro de que me absuelva usted.—«No, señor coronel...» decia don Clemente;... por lo que sospeché disputaba con un militar.

Genoveva. Disputar él?...

Adrian. No... peor aun... pues comprendí por su conversacion... que el coronel Rojas... autorizado por su tia de usted...

Genoveva. (*Con viveza.*) Eso es... justamente lo que poco antes... Acabe usted...

Adrian. Qué turbada la veo á usted, señorita!

Genoveva. No importa; acabe usted por Dios!

Adrian. Pues bien... el coronel venia á pedir á su señor padre... su... su mano... de usted!

Genoveva. No hay duda! (*Con inquietud.*) Y papá se la negó?

Adrian. (*Observándola con emocion.*) No... no... tranquilícese usted... no se la negó... mas repuso con una impaciencia, con una acritud... muy naturales:—«Cree usted, señor coronel, que asi se casa á una hija, de la noche á la mañana, sin conocer á su yerno, sus costumbres, su carácter?...»— Lo que es muy cierto... porque al fin y al cabo... hay tantos coroneles que agradan, que seducen, porque tienen tres galones...

Genoveva. No se trata de eso, sino de mi padre. Se enfadó mucho?

Adrian. Demasiado poco aun... y yo en su lugar...

Genoveva. No hablo de usted, Adrian, sino de él. Y en qué vino á parar todo?

Adrian. «Con que, esclamó el coronel, á pesar de la recomendacion de su señora hermana, que me conoce, que me estima y me proteje, me desaira usted?— Yo no he dicho eso, respondió don Clemente con una cólera que iba en aumento, sino que veremos... me informaré... Luego, necesito tiempo, mucho tiempo... por otra parte, es menester que yo consulte á mi hija...»

Genoveva. A mí?

Adrian. (*Haciendo por sonreirse.*) A usted... Y sino hay otro obstáculo...

Genoveva. Bien, bien; ahora déjeme usted sola.

Adrian. Obedezco, señorita... obedezco... (*Aparte.*) No me escucha!... Está pensando en el otro... No hay esperanza para mí. (*Genoveva hace un movimiento.*) Ya me voy... ya me voy!... (*Aparte al salir.*) No hay duda... me detesta... me aborrece! (*Vase.*)

ESCENA VI.

GENOVEVA. *Despues* DON CLEMENTE.

Genoveva. Si, procuraré sonsacar á mi padre, y averiguar la verdad. Todo lo sabré! (*Se retira un poco hácia el fondo, quedándose pensativa.*)

Clemente. (*Sale muy agitado.*) Toma si lo sospechaba yo! No solo ese coronel, sino otras dos cartas, otras dos peticiones!! Lleve usted á las niñas á los bailes!

Genoveva. (*Examinándole á lo lejos.*) Qué agitado viene!

Clemente. (*Hablando solo, va á sentarse junto á la mesa de la derecha.*) Y tal vez no sean todavía las últimas! Todos aquellos mequetrefes que me rodeaban anoche y me hacian la corte, no era por mí, sino por ella... Cuántos cumplimientos, cuántas atenciones, cuántas mogigangas! Y yo les daba las gracias como un imbécil! Es una conspiracion! Hasta mi hermana, que proteje á su coronel, y me escribe desde Madrid que ya es tiempo de casar á Genoveva; porque tiene diez y ocho años... Es decir, que porque hace diez y ocho años que la prodigo mis desvelos y mi afecto, es menester abandonar á mi hija, separarme de ella, arrojarla en los brazos de un desconocido; de un hombre á quien apenas he visto... ni la pobrecita tampoco... de un enemigo que se llama yerno... y al cual ella amará en breve mas que á mí!... Nunca, no! nunca! Ah! El libro tenia razon! (*Se vuelve y ve á Genoveva, que se ha ido acercando á él.*) Cielos! Mi hija! (*Procurando sonreirse.*) Hola! Estabas ahí?

Genoveva. Sí, papá; acabo de llegar...

Clemente. Tanto mejor... porque es necesario que te dé una noticia... la cual te hará reir... como á mí. Apuesto á que no lo adivinas! Ah! ah! ah! Acaban de pedirme tu mano! Ah! ah! ah! Y bien; qué dices?

Genoveva. (*Con frialdad.*) Que no tengo ganas de casarme.

Clemente. Es posible?

Genoveva. Mi suerte me parece tan feliz y tan dulce á su lado de usted, que no deseo por cierto que varíe.

Clemente. (*Estrechándola en sus brazos.*) Hija! hija querida! (*Deteniéndose.*) Permiteme... sin embargo... permíteme, Genoveva... no es por contrariarte... pero algun dia será menester pensar en ello... Ya mi hermana... y algunos amigos, suponen que no quiero casarte... En este mismo instante tengo tres pretendientes para tí, y solo venia á pedirte que escogieras... Mas una vez que no quieres...

Genoveva. A menos que...

Clemente. Cómo? Qué dices?

Genoveva. A menos que usted mismo... no lo exija ó lo desée.

Clemente. Yo solo lo desearia... si tú manifestaras preferencia...

Genoveva. (*Vivamente.*) Es posible?...

Clemente. Con que es verdad? Con que me lo has ocultado? Con que ya no tienes confianza en mí? Hay uno á quien prefieres?

Genoveva. (*Tomándole una mano.*) Sí señor... hay uno que amo sobre todas las cosas... y es... es... usted, papá mio!

Clemente. Ah! Esa palabra me desarma, y casi estoy por pedirte perdon!

Genoveva. Y de qué?

Clemente. De un mal pensamiento... de una debilidad involuntaria. Pero no importa; yo te buscaré un marido... si encuentro alguno que sea digno de tí. Por otra parte, aunque no le amaras locamente, no habria ningun mal en ello. Lo mejor en el matrimonio para ser feliz, es un afecto tranquilo y racional; todas esas grandes pasiones, esos amores *exagerados*, no acaban nunca bien. Por eso justamente temo los casamientos de inclinacion. Con que asi tranquilizate; buscaremos un buen partido, y hasta entonces te quedarás á mi lado, y yo procuraré hacerte la mas venturosa de las hijas. Cuáles son los privilegios de una muger casada? Tener un gran tren, trages magníficos

y diamantes? Pues todo eso lo tendrás... Mis tesoros te pertenecen ya, porque para ti, para ti sola los he ganado. Haz de ellos lo que quieras, hija mia; gasta, dispon, manda á todo el mundo, empezando por mí, que me conceptuaré muy feliz en obedecerte.

Genoveva. No, papá; usted únicamente debe cuidar de mi dicha y de mi porvenir. Lo que usted decida, eso haré; y la posicion mas halagüeña para mí, será la que usted mismo me haya elegido. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON CLEMENTE.

(*Con alegría.*) Elegir... elegir yo mismo!... Hija del alma! A mi voluntad se somete! Oh! Yo la casaré... aunque no sea mas para que para probar á mi hermana que son absurdas sus reconvenciones. La sola dificultad... es hallar alguno que me convenga... y á ella tambien! Pero ya que gracias al cielo no ama á nadie, tiempo tenemos!

ESCENA VIII.

DON CLEMENTE. ADRIAN.

Clemente. Ah! Ven acá, querido Adrian, ven pronto, porque necesito tu amistad y tus consejos.

Adrian. Usted?

Clemente. Yo... (*Muy alegre.*) Y te aseguro que me hallo tan apurado, tan indeciso...

Adrian. Pues no se le conoce á usted!

Clemente. Sin embargo es asi. Oye... tres partidos se me presentan para mi hija... tres á la par!

Adrian. (*Aparte.*) Dios mio!

Clemente. El coronel Rojas, que me recomienda mi hermana; el hijo del gefe político, que me recomienda su padre; y en fin, un sobrino del ministro de hacienda, un diputado, que se recomienda él mismo. Acabo de recibir las tres peticiones hoy por la mañana, y casi al mismo tiempo.

Adrian. Y eso es lo que le aflige y le apura á usted?

Clemente. Tanto mas cuanto que mi hija me deja el derecho de pronunciar... lo que es muy difícil... muy delicado. Ya verás como concluyo por no casar con ninguno á Genoveva.

Adrian. (*Vivamente.*) De veras?

Clemente. Los tres partidos son igualmente ventajosos, y no veo razon alguna para preferir á uno, y hacerme dos enemigos en los otros. Si siquiera mi hija me ayudase un poco, si tuviese inclinacion á uno de los pretendientes... eso me guiaria... Yo quisiera que ella me indicase... me dijese... Pues no señor, me deja toda la responsabilidad... porque no ama á nadie.

Adrian. Creo que se equivoca usted.

Clemente. (*Vivamente.*) Qué dices?

Adrian. Seria mal hecho ocultarle á usted lo que sé... ó al menos lo que he creido adivinar.

Clemente. (*Bruscamente.*) Acaba, acaba!

Adrian. (*Procurando ocultar su emocion.*) Pues bien, alégrese usted; encontrará menos dificultades de las que supone... la señorita Genoveva ama...

Clemente. (*Con cólera.*) A quién? Al diputado?

Adrian. No señor.

Clemente. Al hijo del gefe político? Ya me lo sospechaba yo!

Adrian. Tampoco.

Clemente. Al coronel!! Seguro estaba de ello!! Mas quién te lo ha dicho? Por qué lo piensas?

Adrian. Poco há, cuando la dije que el coronel habia venido á pedir su mano, si hubiera usted visto qué conmovida, qué turbada se puso! Sin duda temia que usted se la negase...

Clemente. Y no me ha dicho nada!

Adrian. Ni á mí tampoco! Aunque era tan facil de adivinar! Temblábale la mano... palidecia su rostro...

Clemente. Y yo sin conocerlo!

Adrian. (*Involuntariamente.*) Ya, usted... pero yo... (*Reprimiéndose.*) Yo, que me intereso tanto por sus cosas...

Clemente. (*Tomándole las manos.*) Gracias, hijo mio, gracias! Y de dónde conoce á ese coronel? Dónde le ha visto?

Adrian. Anoche... en el baile.

Clemente. Cómo! Porque es elegante, y buen mozo... porque baila bien... sobre todo el wals en dos tiempos...

Adrian. Eso es atroz!

Clemente. Horrible!

Arian. No puedo comprenderlo!

Clemente. Ni yo! Lleve usted para eso á las niñas á los bailes! (*Paseándose.*)

Adrian. (*Paseándose por el lado opuesto.*) Sí, sí! Lleve usted para eso á las niñas á los bailes! (*Deteniéndose.*) Mas si usted deseaba un yerno... un yerno á quien ella amase...

Clemente. No digo que no.

Adrian. Entonces, por qué se pone usted furioso?

Clemente. Por qué? por qué? Por el misterio que hace de mí... por la reserva que ha guardado conmigo, con su padre. Ademas, cuando teme confesarme esa preferencia, es porque sabrá, como nosotros, que el tal coronelito es un pícaro seductor, que hace todos los dias nuevas conquistas.

Adrian. De veras?

Clemente. Toma! Todas las mugeres se mueren por él, y á Genoveva le sucede ya lo que á las demas. Con que mi hija será desgraciada? Con que adorará á un marido indigno de ella? Y su pobre padre...

Adrian. Y sus amigos!...

Clemente. A todos nos olvidará!— Mira, Adrian, es menester que tú la veas, que la hables! Puesto que ya ha tenido confianza en ti...

Adrian. Si no me ha dicho nada!

Clemente. No importa: de ti no sospechará, y si fuera yo... creeria que es por odio al coronel... Asi... dila... con maña... todo lo malo que sepas de él.

Adrian. Es que no sé nada.

Clemente. (*Con impaciencia.*) Bah!... Es claro que un militar... eso siempre sucede... Y si alguno puede hacerla entender la razon, eres tú, con quien se ha educado; tú, á quien mira y ama como á un hermano... Con que vé á buscarla, yo te lo suplico!

Adrian. Es imposible, señor... porque yo venia ahora... á decirle á usted... que noticias inesperadas y crueles para mí...

Clemente. (*Mirándole.*) En efecto... no habia advertido que estás demudado!

Adrian. No es nada... pero esas noticias me precisan... á marcharme á Madrid.

Clemente. Pues en ese caso vuelve pronto, porque ya vés que no puedo pasarme sin tí.

Adrian. Es que... muy á mi pesar... vengo á entregarle á usted... las llaves de la caja. Si... padre y bienhechor mio, á Dios para siempre!

Clemente. (*Deteniéndole.*) Que oigo!... Tú, con quien yo contaba... á quien miraba como mi único consuelo... tú me abandonas en el instante en que todo el mundo me deja y me vende! Y por qué motivo, por qué causa?

Adrian. Si señor... un motivo terrible me obliga á salir de esta casa!

Clemente. Pues habla, habla... Confíaselo á un amigo. Necesitas oro? (*Presentándole la llave de la caja.*) Toma; partamos lo que poseo.—Es alguna pena la que te aflige? (*Abriéndole los brazos.*) Entonces, hijo mio, partámosla tambien!

Adrian. (*Lanzándose hácia don Clemente.*) Ah! (*Deteniéndose.*) No... no! Es imposible! A Dios!

Clemente. (*Mirando á Adrian que se aleja.*) Tienes razon... vete... vete... porque no eres mas que un ingrato!

Adrian. (*Volviendo atrás.*) Yo un ingrato? Se engaña usted!... Porque le he jurado gratitud y respeto, porque no soy ingrato... es por lo que quiero huir! Si, sépalo usted... yo amo, yo adoro á su hija!

Clemente. Tú?

Adrian. Como un loco... Asi, es menester que me marche... pues ese amor que no puedo dominar... es una ofensa para usted, que no puede aprobarlo.

Clemente. Por qué no?

Adrian. Es posible?

Clemente. Qué era yo cuando comencé mi fortuna? Algun noble, algun gran señor? No, un pobre muchacho como tú. Solo poseia para medrar valor, ingenio y probidad; lo mismo tienes tú; de modo que si semejante alianza dependiese únicamente de mi...

Adrian. (*Dando un grito.*) Dios mio!

Clemente. Sin esa pasion que ella abriga... y que hará

mi desgracia y la suya, yo te diria desde luego: «Verno, esos cinco!»

Adrian. Cuánto le debo á usted, señor! Mas yo no puedo ser nunca amado de la señorita!

Clemente. Ya lo sé... pero no importa... prueba á ver... eso es cuenta tuya... á tí te toca conseguirlo. Si pudieses hacerla olvidar su coronelito!

Adrian. Y si lo alcanzase, consentiria usted?...

Clemente. (*Confuso.*) Ciertamente... veriamos... Mientras tanto... yo te ayudaré si es necesario con mi proteccion.

Adrian. Ah! (*Con gratitud.*)

Clemente. Cállate! Ella es!

ESCENA IX.

DICHOS. GENOVEVA.

Clemente. Desde que nos separamos, hija mia, he pesado con madurez las ventajas y los inconvenientes de todos los partidos. Es menester que te cases... lo exijo... lo mando! Sin embargo, aunque tú me has permitido elegir... aunque yo tengo mi proyecto, nada se hará sin tu libre voluntad.

Genoveva. Y cuál es la de usted?

Clemente. La mia... toma!... La mia... Si tú me lo preguntas... te diré francamente que no doy importancia á las riquezas... cuando se trata de tu felicidad. En consecuencia... he puesto los ojos en un hombre de bien... al que conozco mucho, y al que llamaria siempre mi hijo... aun cuando tú no le aceptases por esposo.

Genoveva. (*Temblando de emocion.*) Y... y... y quién es?

Clemente. Adrian!

Genoveva. (*Exhalando un grito de júbilo, que procura ahogar.*) Ah!... Y es esa... papá... su voluntad de usted?

Clemente. (*Con viveza.*) Tú puedes siempre pensar... eres muy dueña... En cuanto á mí... (*Con emocion.*) es mi mayor deseo!

Genoveva. (*Que durante este tiempo ha mirado á su padre con atencion, dice aparte:*) No lo creo!

Clemente. Este al menos no te llevará á un regimiento, ó á lejanos paises... Vivirás conmigo... no nos separaremos...

Genoveva. Ya se lo he dicho á usted, papá... Si usted lo desea, si le conviene... eso me basta.

Clemente. (*Con inquietud.*) Con que aceptas... es cosa concluida?...

Genoveva. Escúcheme usted, y recuerde mis palabras de esta mañana. Usted lo es todo para mí... (*Mirando de cuando en cuando á Adrian.*) y cuanto amo... mi felicidad, mi ambicion está aquí... con usted!

Clemente. De veras?

Genoveva. No habria ventura para mí... si fuera menester separar mi existencia de la suya... abandonar esta casa!

Clemente. Genoveva! Hija de mi alma!

Genoveva. Por lo que respecta á Adrian, siempre le he mirado como un hermano...

Clemente. (*Con alegría.*) Perfectamente!

Genoveva. Le profeso la amistad... la estimacion mas verdadera...

Clemente. Muy bien, muy bien!

Genoveva. Pero debo ante todo hablarle con franqueza. Mi afecto hácia él será siempre tranquilo, dulce...

Clemente. Tanto mejor: eso dura mas!

Genoveva. Porque los sentimientos exaltados y novelescos... yo no los concibo.

Clemente. (*Alegremente á Adrian.*) Es la purísima verdad, porque esta mañana me proponia alejarte de aquí, establecerte en otra parte.

Adrian. (*Mirando á Genoveva con dolor.*) Es posible?

Genoveva. Por su interes de usted! (*Con viveza.*)

Clemente. (*A Adrian.*) Y porque discurria friamente. Asi, hijos mios, mis queridos hijos, hé ahí lo que yo deseaba.

Adrian. (*Que hasta ahora ha escuchado con una impaciencia que procuraba en vano calmar.*) Y eso es lo que no quiero!

Clemente. Qué dice?

Adrian. Que rehuso... La amo demasiado para no deberla sino á la obediencia. Su frialdad causaria mi desesperacion, y mi ternura le seria importuna. Seme-

jante enlace haria dos desgraciados; vale mas que haya solo uno... y que sea yo.

Clemente. Vamos! Esto es una fatalidad! Poco há lo decia! Nunca podré casar á esta chica!

Genoveva. Pero papá...

Clemente. Déjame, déjame... Hay para volverse loco! (*Vase por el fondo.*)

ESCENA X.

GENOVEVA. ADRIAN.

Genoveva. (*Acercándose á Adrian, que se ha arrojado sobre una silla.*) Se ha lucido usted, señor don Adrian.

Adrian. Yo?

Genoveva. Si yo tuviese un poco de amor propio, no le volveria á dirigir á usted la palabra, no le volveria á mirar siquiera. Le ofrecen mi mano, y la rehusa usted!

Adrian. Porque usted no me ama... y yo la idolatro! Nunca comprenderá usted, Genoveva, el combate que ha habido en mi corazon!

Genoveva. Todo lo comprendo; sé lo que ha podido engañarle á usted.

Adrian. Y quién le ha revelado?...

Genoveva. (*Mirándole.*) Alguno... en quien tengo confianza.

Adrian. Quién ha descubierto un secreto que yo solo poseia?

Genoveva. Usted mismo.

Adrian. Cómo! A pesar de mi silencio?...

Genoveva. Ese es el que me lo ha esplicado todo... y há mucho tiempo.

Adrian. Si, mucho tiempo hace que mi amor la ofende á usted... y que usted me odia.

Genoveva. Yo no he dicho eso... ni tengo necesidad de añadir mas. Pero si usted quiere reparar sus faltas, es menester que me jure... una sumision ciega y absoluta.

Adrian. Lo juro!

Genoveva. Hay corazones demasiado tiernos ó demasiado susceptibles... cuyas debilidades es un deber disculpar y ocultar... sobre todo, las de un padre.

Adrian. Qué dice usted?...

Genoveva. Es un secreto, que yo, su hija, estoy obligada á guardar y á respetar. Así, fie usted en mí, déjeme obrar, y suceda lo que quiera, no se enfade usted, como poco antes, por una tontería.

Adrian. Una tontería! Y declara usted no amarme!

Genoveva. (*Vivamente, y á media voz.*) Pues bien, oiga usted, señor desconfiado; es indispensable para su felicidad... y para la mia, que me sea usted de todo punto indiferente; que mi padre esté muy persuadido de ello, y usted tambien... porque si pudiera usted sospechar tan solo lo contrario, manifestaria su gozo y su satisfaccion; y lo echariamos todo á perder. Así, es necesario que usted se case conmigo...

Adrian. (*Vivamente.*) Ah! Loco de alegria!

Genoveva. No... lleno de desesperacion.

Adrian. No la comprendo á usted.

Genoveva. Mejor.

Adrian. Mas, entre tanto... si siquiera pudiese yo entrever un rayo de esperanza...

Genoveva. Ahora, ninguno; estamos completamente á oscuras; mas tarde, no digo que no.

Adrian. Es que ser amado por usted, debe ser una ventura tan inmensa, un sueño tan dulce, que apenas me atreveria á creerlo si lo oyese!

Genoveva. Imposible! Si yo pronunciase esa palabra, nos perderia á los dos.

Adrian. Y yo por escucharla consentiria en mi perdicion. Sí, Genoveva, pronúnciela usted. (*Se arroja á sus pies.*)

Genoveva. Basta de locuras, y levántese pronto!

Adrian. En nombre del cielo, nada mas, nada mas que una palabra!

Genoveva. Una vez que usted lo exige... le diré... que... que sí... que le amo hace mucho tiempo... que solo amo á usted!

ESCENA XI.

DICHOS. DON CLEMENTE.

Clemente. Qué oigo!

Genoveva. (*Aparte, viéndole.*) Dios mio!

Adrian. (*Levantándose y corriendo hácia don Clemente.*) Venga usted... venga usted... y participe de mi dicha... Soy el mas feliz de los hombres! Me ama! Me ama! Ella me lo ha dicho!

Genoveva. (*Aparte.*) Ya se disparó!

Clemente. (*Procurando ocultar su emocion con una risa forzada.*) Si... acabo de oirlo... y parece que tiene en usted una confianza... que yo no la merezco... porque me habia dejado ignorar... nunca me habia hablado...

Genoveva. (*Bajo á Adrian.*) Qué le dije á usted? Todo se ha perdido... y esta vez no por culpa de Eva, sino de Adan.

Adrian. (*Aparte.*) Cielos! (*Alto.*) Como usted ha tenido la bondad, la generosidad de consentir en este matrimonio... como hace poco todavía... usted mismo me manifestó...

Clemente. Ciertamente... hace poco todavía... no queria otra cosa... y hasta, bien lo sabe usted... le supliqué que aceptase.

Adrian. Pero antes se dignaba usted tutearme, llamándome su hijo.

Clemente. Es verdad, es verdad... acaso sin saber por qué... me ha herido... tu obstinacion... tu negativa... que me afligió en el primer momento, y ahora mas aun.

Adrian. Cómo, señor?...

Clemente. (*Con impaciencia.*) Cómo... cómo?... Porque yo no podia estar á tus órdenes... preveer tus caprichos... Necesitaba tomar un partido... y viendo que rehusabas la mano de mi hija, en el momento mismo en que el coronel volvia á saber una respuesta definitiva...

Adrian. Siga usted!

Clemente. Pues bien, como yo no tenia ninguna razon para desairarle... le recibí, y le dije...

Adrian. (*Exhalando un grito.*) Oh!

Clemente. Quién demonios tiene la culpa?

Adrian. No me quejo, no acuso á nadie mas que á mí, y sé lo que me falta hacer. A Dios!

Clemente. Lo siento en el alma, querido; mas cuando uno da su palabra...

Adrian. Repito que no acuso á nadie. A Dios, á Dios! (*Sale precipitadamente.*)

ESCENA XII.

DON CLEMENTE. GENOVEVA.

Genoveva. (*Aparte.*) Cuáles serán sus designios? Y cómo nos compondremos ya que papá está comprometido con el coronel?

Clemente. (*Acercándose á Genoveva.*) Ahora, puesto que se ha marchado, podré yo saber lo que significa esto, averiguar en fin la verdad?

Genoveva. Esta mañana se la dije á usted... como se la digo siempre.

Clemente. Esto es demasiado! Sepa usted, señorita, que estoy furioso, que estoy indignado...

Genoveva. Y yo tambien!

Clemente. (*Sorprendido.*) Tú?

Genoveva. (*Con firmeza.*) Yo!

Clemente. Con que por las señas, comenzamos riñendo para que no nos riñan?

Genoveva. Yo soy la que tiene derecho para quejarse: le declaro á usted esta mañana que no quiero separarme de su lado, y desde el mismo momento, espresamente y para incomodarme, parece que se complace usted en reunir, en presentarme una infinidad de pretendientes.

Clemente. No digo que no, pero...

Genoveva. Acaso se los pido yo á usted? Al contrario, no quiero ninguno.

Clemente. Y sin embargo, Adrian...

Genoveva. Le rehuso tambien.

Clemente. Y el coronel?

Genoveva. Tampoco; los aborrezco, los detesto á todos.

Clemente. (*Enteramente calmado.*) No te enfades, Genoveva, y tratemos de entendernos. Esplícame, para empezar, por qué estaba Adrian á tus pies.

Genoveva. El á mis pies?

Clemente. Yo le vi. Y por qué le decias: «Le amo á usted... amo solo á usted!...»

Genoveva. (*Ingenuamente.*) He dicho eso?

Clemente. Toma! Lo he oido perfectamente!

Genoveva. Es muy posible. Me amenazó con matarse si no le hacia semejante confesion; y ya le conoce usted, ese muchacho es capaz de todo.

Clemente. (*Asustado.*) Bondad divina!

Genoveva. Así, le hubiera dicho cuanto hubiese querido.

Clemente. (*Turbado.*) Has hecho bien. Entonces no es á él á quien amas?

Genoveva. No.

Clemente. Es al coronel?

Genoveva. No.

Clemente. Bien... bien... tranquilízate... no me he comprometido con él... no le he dicho nada... hemos quedado como estábamos, en la indecision.

Genoveva. (*Dando un grito de alegría, que ahoga, y llevándose la mano al corazon.*) Ah!

Clemente. Entonces puedo hacer aun lo que quieres?

Genoveva. (*Con firmeza.*) Lo que quiero, papá...

ESCENA XIII.

DICHOS. UN CRIADO *con una carta.*

Clemente. Una carta! La letra del coronel!

Genoveva. Del coronel!

Clemente. Si, sí... Qué tienes?

Genoveva. Nada, nada... Lea usted!

Clemente. (*Leyendo.*) «Muy señor mio: Su cajero de usted, que, segun creo, no ha empuñado jamas una espada, quiere absolutamente matarme, ó que yo le mate.

Genoveva. (*Cayendo sobre el sillon inmediato á la mesa.*) Ah!

Clemente. (*Continuando la lectura de la carta, sin notar que su hija acaba de desmayarse.*) «Me es forzoso aceptar, y muy contra mi gusto, un duelo que usted solo puede evitar con una palabra, eligiendo definitivamente entre nosotros dos; pero apresúrese usted á contestarme, porque sino partimos.» (*Con agitacion.*) Elegir! Elegir! Sin tener siquiera un instante para resolverse! (*Yendo hácia su hija.*) Dime, en ese caso tú misma, Genoveva... (*Mirándola.*) Dios mio! Está sin conocimiento! No me ha dicho la verdad! Ese coronel... es claro... es evidente! El es! (*Con amargura.*) Ah! (*Estrechando las manos de Genoveva entre las suyas.*) Hija mia! Hija querida! Vuelve en tí! Te casarás con el,.. te casarás! (*Volviendo hácia el criado.*)

Vé pronto á pedir socorro... á buscar un médico... (*Deteniéndole.*) No... no... ya vuelve en sí! Y ese duelo que va á verificarse si yo no escribo! (*Acercándose al velador.*) Ah! Qué tormento, qué tormento es ser padre! Es indispensable! Era un sacrificio que quería hacerme! Y seré bastante cruel, bastante egoista para aceptarlo? No, no; á mí me toca sacrificarme. (*Al criado.*) Toma, toma; llévale corriendo este billete al coronel. (*Vase el criado.*)

ESCENA XIV.

DON CLEMENTE. GENOVEVA.

Genoveva. (*Que ha vuelto poco á poco en sí.*) Qué hay? Qué ha sucedido? Debia batirse!

Clemente. (*Acercándose á ella.*) Sosiégate, no se batirán... no habrá nada. Todo está arreglado, arreglado por mí... de una manera que aprobarás.

Genoveva, Me asegura usted que no hay peligro... para nadie?

Clemente, Ninguno, te lo juro. El coronel y Adrian estarán aquí dentro de un minuto, y comerán con nosotros.

Genoveva. Y cómo ha hecho usted?...

Clemente, Hasta entonces, te ruego que no hablemos mas del particular... porque mira... he sufrido mucho.

Genoveva. (*Corriendo hácia su padre, que acaba de sentarse junto al velador.*) Tiene usted razon, papá; ocupémonos en otra cosa. A mí me toca calmarle, distraerle á usted.

Clemente. Me basta con verte á mi lado... mira, ponte ahí!

Genoveva. (*Mirando al velador, junto al cual se halla sentada.*) Ah! El libro que tanto le agrada á usted. Quiere usted que lea?

Clemente. Como gustes, con tal de que pueda mirarte yo solo, y sin estorbo.

Genoveva. (*Leyendo y mirando á veces á su padre.*) «Sobre todo, casada es cuando comprende la jóven y aprecia mejor la ternura de sus padres.»

Clemente. Eh?

Genoveva. (*Lo mismo.*) «Hasta entonces no podia estimarla bien; pero los cuidados que se ve obligada á prodigar á sus hijos, le demuestran los que se la otorgaron; y los tormentos y las inquietudes que sufre, le recuerdan los que causó.»

Clemente. Qué estás diciendo?

Genoveva. «Si es dichosa, necesita describir á su padre la felicidad que le debe.»

Clemente. (*Con emocion.*) Cielos!

Genoveva. «Si es desgraciada, á él va á confiarle sus penas.»

Clemente. (*Escuchando con interes.*) Es verdad!

Genoveva. «Las lágrimas que el esposo hace correr, la mano paternal es la que las enjuga.»

Clemente. Es verdad, es verdad!

Genoveva. Qué le parece á usted?

Clemente. (*Con impaciencia.*) Continúa.

Genoveva. (*Continuando, pero en tono mas alegre.*) «Sin contar con que casando á su hija, el buen padre no pierde, sino aumenta su tesoro: la nueva familia que le rodea le recuerda la ternura de su hija; su amor se estiende y se multiplica... sin debilitarse por eso. Otros cuidan de educar y corregir á los niños; él no tiene que hacer mas que amarlos.»

Clemente. (*Con emocion.*) Perfectamente!

Genoveva. «Amar á sus nietos...»

Clemente. (*Con las lágrimas en los ojos.*) Muy bien... muy bien... es escelente lo que me estás leyendo. Y yo que no habia puesto los ojos sino en la primera página!

Genoveva. (*Sonriéndose.*) Es qué en todo... hay reverso... (*A don Clemente, que le ha cogido el libro de las manos.*) Qué hace usted?

Clemente. Déjame leer de nuevo ese pasage, hija mia; y sobre todo ese risueño cuadro del abuelo en medio de su familia... Pero dónde estan esas palabras tan dulces, tan sentidas, que me leias poco há, vida mia? (*Buscando en el libro.*)

Genoveva. No las busque usted, papá... Esas palabras... (*Llevándose la mano al corazon.*) Aqui es donde estan para siempre grabadas! Aqui es donde podria usted leerlas... sin el velo que cubre sus ojos... y que mi amor no puede arrancar!

Clemente. (*Con emocion.*) Ah! tú sola tienes razon... tú sola... sabes amar! Tú te sacrificarias por hacerme feliz... y yo... en mi egoismo... en mis celos...

Genoveva. (*Viendo á su padre que la tiende los brazos suplicante, y que se pone asi de rodillas.*) Qué hace usted?

Clemente. Perdóname, hija mia, perdóname... porque soy muy culpable!

Genoveva. Usted!

Clemente. Sí; tu cariño es un tesoro que no puedo partir con nadie; es mi única felicidad, mi sola ambicion! Pues bien, poco há, cuando era preciso decidirme, resolver... como el coronel es tan seductor, tan amable...

Genoveva. Siga usted, siga usted!

Clemente. En fin, como le amabas tanto... yo, perdóname, Genoveva, perdóname... he elegido el otro!

Genoveva. Ah! (*Con un grito de júbilo.*)

Clemente. Pero yo me castigaré... te lo juro... Iré á buscar á Adrian; le suplicaré que me devuelva mi palabra... que acepte en cambio... la mitad de mi fortuna...

Genoveva. Él?... No querrá!

Clemente. Entonces, qué haremos?

Genoveva. Lo que debe hacer todo hombre honrado; cumplir su palabra.

Clemente. Mas... y el otro, que era el que te agradaba?

Genoveva. (*Sonriéndose.*) Sí... en el baile... pero usted entiende de esas cosas mejor que yo... y estoy persuadida de que Adrian será un buen marido.

Clemente. De veras?

Genoveva. Sí señor; y me alegro mucho de casarme con él... (*Notando una mirada inquieta de su padre.*) porque al menos... me quedaré aquí... no nos separaremos... nada variará para nosotros! Sí, papá mio, usted mismo no creerá que estoy casada... ni yo tampoco!

Clemente. (*Con alegría.*) En hora buena... y con esa condicion...

Genoveva. (*Aparte con júbilo viendo á Adrian.*) Adrian!

ESCENA XV.

DICHOS. ADRIAN.

Adrian. (*Cerca de la puerta, temblando de gozo, y sin atreverse á entrar.*) Es cierto... Señor... es cierto? La carta que acaba usted de escribir al coronel... y en la cual le dice que soy yo... el que usted escoge...

Clemente. Sí, sí... Y á no ser que tú rehuses aun...

Adrian. (*Saliendo vivamente.*) No, no señor. (*Con timidez.*) Pero esta señorita...

Genoveva. (*Mirando á Adrian con ternura.*) Esta señorita... obedece como siempre á su padre. (*Adrian quiere arrojarse á sus pies; ella le detiene con un gesto.*)

Clemente. (*Muy gozoso y tomando el brazo de su hija.*) Haces bien, hija mia, haces bien. En cuanto á la época del matrimonio... veremos... ya hablaremos de eso...

Genoveva. Sí, sí... No hay prisa!

Adrian. (*En voz baja.*) Genoveva!

Genoveva. (*Vivamente.*) Cállese usted!

Clemente. De aquí... á uno... ó dos meses.

Genoveva. O tres... ó cuatro... Y aprovecharé ese tiempo para ir á Madrid... á casa de mi tia.

Clemente. Cómo! Separarte de mí?

Genoveva. Una vez que me aguarda... y que no hay pretesto para escusarme...

Clemente. (*Con impaciencia.*) Sin embargo, si te casaras...

Genoveva. Eso es diferente... entonces seria ella la que tuviese que venir... y quizás la incomodaria.

Clemente. Y qué me importa? Voy á escribirla dándola parte de tu casamiento.

Genoveva. Bueno.

Clemente. (*Llevándose siempre á su hija del brazo.*) Notificándola que se verificará de hoy en quince dias. (*Adrian hace un gesto de alegría.*)

Genoveva. (*Friamente.*) Como usted quiera. (*Hablando asi, don Clemente se lleva á su hija hácia la puerta del fondo; se vuelve entonces y ve á Adrian, que se ha quedado solo en el proscenio.*)

Clemente. Y tu marido, que se queda ahí como una estátua!

Genoveva. (*Con mucha naturalidad.*) Es verdad... ni me acordaba de él!

Clemente. (*A su hija en tono de gratitud.*) Esa palabra no tiene precio! (*A Adrian.*) Vamos, ven, ven.

Genoveva. (*Tendiendo la mano á Adrian.*) Si, si... venga usted!... (*Adrian se precipita sobre la mano de Genoveva, y se la besa, mientras ella sigue siempre del brazo de su padre.*)

Adrian. Ah!

Clemente. Qué es eso?

Genoveva. Nada, papá, nada... El pobre Adrian, que por poco no se cae... (*Indirectamente al público.*) Quiera Dios que no caigamos todos!

FIN DE LA COMEDIA.